

**E. CABALLERO
CALDERON**

AZOTE DE SAPO



El profesor Frobenius, un famoso científico europeo, desaparece misteriosamente días antes de un Congreso Mundial de Ecología, en el que iba a presentar una tesis importantísima. Angustiado por la progresiva barbarie de la sociedad de consumo, que está destruyendo aceleradamente el mundo, Frobenius se ha internado en la selva colombiana. Allí, en una misión de capuchinos españoles, se gana la confianza de uno de los jóvenes indígenas que sirven a los misioneros. Entonces se adentra en la selva en busca del pueblo al que pertenece el muchacho motilón.

La nueva vida en la selva va mostrándole cómo sus contemporáneos civilizados han perdido la capacidad de amar, de disfrutar y de utilizar todo lo bello del mundo sin destruirlo. Pero su aventura no se detiene ahí. Su contacto con los motilones —a los que al fin encuentra y quienes ven en él al «hombre blanco» que esperaban—, le precipita en una experiencia alucinante.

Preparado por los hechiceros motilones para que se una, en especiales circunstancias, a una virgen indígena, el doctor Frobenius no sólo cambiará radicalmente de vida, sino que los hechos a que dan lugar este cambio adquirirán trascendencia mundial. Se ha iniciado la revolución de los jóvenes contra la generación que detenta el poder. La lucha es despiadada y termina dramáticamente.

PRIMERA PARTE

LA FABULOSA AVENTURA DEL PROFESOR
FROBENIUS EN LA TIERRA DE LOS MOTILONES

1

EL PROFESOR FROBENIUS cerró con fastidio la ventana a la altura del decimocuarto piso sobre la avenida de Madison. Se pasó varias veces una mano pecosa por la melena roja que empezaba a clarear en la coronilla y a blanquear en las sienes. Dejó de atormentarlo el confuso rumor de millares de pisadas en las aceras y de centenares de automóviles que rodaban, patinaban, frenaban en la crujiente capa de nieve que cubría la calzada. El aire denso de la calefacción le empañó las gafas de aros de carey. Sus ojillos de batracio, de un gris azulenco, parpadearon como mariposas nocturnas. Tenía pegados a las retinas el río deslumbrante que rodaba por la avenida y los anuncios luminosos que rasgaban la noche con su relampagueo multicolor. A intervalos regulares se iluminaba un gigantesco árbol de Navidad en el lienzo opuesto de la avenida y se recortaban contra un cielo rosado las torres de los rascacielos de Manhattan: monstruos de mil ojos fosforescentes que bogaban a la deriva en un abismo fantástico. Y al pegar la frente en el cristal de la ventana, antes de correr la cortina para aislarse mejor, contempló en primer plano y con ojos de miope los gruesos copos de nieve que revoloteaban perezosamente como si no quisieran acabar de caer.

De la presente hacia atrás, las noches de Navidad tenían una coloración distinta en su memoria, aunque sus elementos, más próximos o más distantes, fueran siempre los mismos: lenguas de fuego rojas y amarillas en la bóve-

da negra de la chimenea, arbolitos de Navidad –auténticas ramas de pino– relucientes de bombas plateadas y farolitos de colores, sopera humeante en la mesa adornada de cintas y de ramas, angustiosa impresión de vacío en el estómago pronto a colmarse en el comedor. Olor a leña de pino, a papel de envolver, a pan fresco, a almíbar, a pavo relleno de ciruelas pasas y almendras amargas. Noche retinta pegada a los cristales de la ventana salpicados de hielo. Rebotando en la lejanía contra torres y campanarios góticos y techumbres en triángulo cubiertas de nieve, una campanada lenta y solemne se expandía en la noche por oleadas, como si a los sonidos les costara trabajo remover la atmósfera glacial y transparente. Ahora la lenta sucesión de sonidos tremolantes se escuchaba a lo lejos, con un eco melancólico. Ya no estaban dentro de él hasta el punto de confundirse con sus nervios y con su pensamiento. Se proyectaban en otro tiempo, en otro lugar, en otra ciudad, en otro país, de todo lo cual él se sentía ajeno y profundamente desligado. Su memoria registraba vacíos dolorosos, ruinas de recuerdos desportillados y sensibles al acto. Era una lengua blanda e inquieta que recorría con precaución la superficie desigual de la dentadura en el maxilar inferior. Recuerdos que no quería recordar, pero que revivían como un memorable dolor de muelas cuando la punta de la lengua, cautelosa pero imprudente, los descubría en el cráter de una pieza partida. La imagen dolorosa, finalmente el propio y antiguo dolor, se trenzaban en un mismo nervio palpitante.

También los recuerdos navideños habían cambiado de posición dentro de su memoria, de manera que los más próximos, los de hace uno, los de hace dos, los de hace tres años, apenas se percibían esfumados entre la niebla del olvido que no tardaría en borrarlos del todo. En cambio, los de su niñez y su adolescencia, hasta los de su primera juventud, se habían acercado y se ofrecían en primer plano, rotundos y brillantes.

Su madre al piano, y su padre el grave y ceremonioso licenciado Frobenius, consejero de una importante casa de exportación de conservas de pescado, tocaba el violín. El niño, él mismo, escuchaba sentado en la alfombra, jugando a hurtadillas con los adornos del árbol de Navidad. La música le envolvía en una onda tibia, le acariciaba o le irritaba el oído, y lo arrastraba por un momento en un sueño profundo salpicado de luces de colores y de globos plateados que giraban entonces ante sus párpados entornados y ahora dentro de su memoria. El mundo entonces era redondo, limitado, feliz. Con el tiempo él no habría de ser el consejero de la casa exportadora de arenques como hubiera querido su madre, sino el gran músico que su padre había deseado, pero no había podido ser por complicaciones domésticas, por la quiebra del abuelo, por el servicio militar primero, luego por los insufribles años de guerra, más tarde por el trabajo rutinario y esterilizador ante el pupitre sobre el que reposaban enormes libros de contabilidad. Diez años después, en otra noche de Navidad, el mozo de cabellos rojos e indóciles y ojos miopes detrás de los gruesos cristales de las gafas había cerrado con violencia la tapa del piano, mordiéndose los labios...

Mis dedos gruesos y cortos, mis manos grandes y torpes, se resisten a ejecutar lo que les ordena ese ímpetu melodioso que bulle dentro de mí y me susurra al oído acordes, y escalas, y arpeggios, y temas que se fugan continuamente en mi memoria.

El padre había muerto, y un tanto decepcionada por la renuncia del muchacho a ingresar como ayudante de contabilidad en la casa exportadora de conservas donde su padre había conquistado el alto puesto de consejero comercial, la madre se resignó a que ingresara en la Facultad de Ciencias Naturales. Y vinieron Navidades en el cuartel, frías y empapadas de nostalgia de las Navidades domésti-

cas. Y Navidades en hoteles de Suiza, en compañía de esa muchacha equívoca que luego se había convertido en su mujer, sin que él, enfrascado en sus trabajos de investigación, pudiera defenderse de algo que realmente no había querido, como era casarse con ella. Navidad en el tren que corría raudo, de Ginebra a París, con un ruido acompasado que se convertía en el sordo acompañamiento de una melodía, de esa melodía que ejecutaban sus padres, él con el violín y ella en el piano, en otras noches de Navidad. Navidades aquí y allá, más lejos o más cerca, en el ardor del trópico cuyas constelaciones incandescentes chorean fuego sobre una selva aletargada, arrullada por gritos, silbidos, aullidos y ronquidos feroces. Navidades en pueblos cuyo nombre ya ni siquiera recordaba. Siempre aquel insinuante aroma a leña de pino, a pan caliente, a pavo relleno de ciruelas pasas y almendras amargas. Sólo que, aun en las imágenes más confusas y casi borradas de la memoria, afloraba aquella melodía que tocaban sus padres y que ahora, precisamente por ser noche de Navidad, lo penetraba poco a poco, lo arrullaba y lo adormecía como cuando era niño y jugaba a hurtadillas, al calor de las llamas rojas y amarillas de la chimenea, con los adornos del árbol de Navidad. Pero ya no era aquel niño soñoliento, que tal vez no había sido jamás. El solemne consejero comercial, que no había podido dedicarse a la música y llegar a ser un gran concertista, la madre que acariciaba el teclado con manos largas y finas, salpicadas de pecas amarillentas, y el niño que cerraba los ojos tirado en la alfombra, ya no existían aquí ni allá, ni en los hoteles de Suiza, ni en el tren que corre rápidamente hacia París, ni en la selva tropical, ni en el destartalado dormitorio del cuartel, ni en esta banal habitación de un gran hotel de Nueva York. Probablemente no habían existido jamás y eran meras ficciones e imaginaciones suyas. Ahora el profesor Frobenius vivía en un mundo real, auténtico, presente y distinto, y fuera de aquella endeble melodía musical

que se enredaba al ruido acompasado de las ruedas del tren, o retrocedía espantada ante los extraños alaridos de la selva tropical, o naufragaba en el estrépito del dormitorio del cuartel, o se elevaba clara y radiante en la noche de Navidad ante la chimenea: fuera de aquella insistente melodía nada había dentro de él que pudiera demostrarle con evidencia física, como un dolor de muelas, que él era siempre el mismo en la interminable sucesión de esas noches pasadas. En realidad el niño, y el adolescente, y el joven, el que se adormecía al pié del árbol de Navidad, el que cerraba violentamente la tapa del piano convencido de que jamás podría ser músico, el que se dejaba convencer de que estaba enamorado de una mujer por la cual no sentía la menor predisposición física, el hombre que dictaba su cátedra de ecología en la Universidad de Upsala, eran fantasmas, no eran sino cadáveres de imágenes que flotaban a la deriva en el río profundo que se hundía cada día un poco más en un abismo insondable.

Con un violento esfuerzo sobre sí mismo abrió los ojos y recordó que era él, el profesor Frobenius y no la confusa muchedumbre de imágenes que atormentaban su memoria, quien se encontraba ahora tendido, cansado y soñoliento, en el lecho de uno cualquiera de los centenares de hoteles que con su conserje galoneado y su ejército de turistas se escalonan a lo largo de cualquier avenida de Nueva York...

Le ardieron la frente y las velludas orejas al recordar a los borrachos del ascensor –sus gorros puntiagudos, sus narices rojas, sus ojos agrandados por el trazo azul, sus labios torpes y babosos– que le habían disparado al rostro esos pitos extensibles y retráctiles que simbolizan toda la estupidez y la alegría ficticia de la noche de San Silvestre. En mangas de camisa, pues el calor infernal de la calefacción le hacía transpirar por todos los poros, se tiró bocarriba en el lecho, arrojó los zapatos al suelo –uno a la iz-

quierda, otro a la derecha— y puso en marcha la grabadora que había comprado en el aeropuerto de Kennedy. La cinta magnetofónica registraba sonatas de Beethoven, trozos de música de cámara de Haendel, de Mozart, de Haydn, sus compositores predilectos, aquellos que su padre le había enseñado a oír y a comprender cuando todavía existía de veras, si es que alguna vez existió en un mundo distinto del que flotaba ahora, desvaído y en jirones, en su memoria. Primero sólo reparaba individualmente en las notas, aisladas las unas de las otras, más altas, más bajas, más agudas, más sonoras, más ácidas o más dulces, casi empalagosas. Después empezó a enlazarlas en sílabas, en acordes que podían descomponerse en arpeggios, y algunas combinaciones musicales le producían idéntico sobresalto de placer, como si las estuviera inventando. Luego pudo entender frases musicales enteras, hasta llegar el día en que al articularlas entre sí —como el niño que por primera vez puede leer de corrido un párrafo completo— descubrió lo que querían expresar. Tuvo una inmensa alegría cuando se percató de que, contrariamente al arte de escribir, el secreto encanto de la música reside en la reiteración de la misma frase melódica, del mismo tono musical. Se trata a veces de una representación idéntica, cuando viene la coda; y otras traspuesta a un tono distinto, o adornada de arpeggios, escalas, fugas y acompañamientos orquestales que amplían y enriquecen el sentido inicial. En la gramática musical la figura por excelencia es la repetición, la reiteración, la insistencia obsesionante de un tema que gira a velocidades distintas y en planos que se superponen o se proyectan hasta el infinito.

Y entonces se le ocurría que la lógica que rige el mundo ultrasensible de las plantas, el milagro de la fotosíntesis, el prodigio de los genes que en su laboratorio infinitesimal encierran indistintamente el código de una brizna de hierba o el de una secuoya que desafía los siglos en los bosques del Canadá, son otras tantas razones para creer

en Dios. ¿Pero y el hombre? ¿Existe la necesidad de que por el contrario del alga, la ameba, el gusano, la hormiga, el árbol... sobreviva el hombre despojado de ese instrumento consustancial a él mismo que es su cuerpo? ¿Y sobreviva para qué? Pero esta música perfecta, aunque nadie la oyera, es la exhalación de algo tan perecedero como el cerebro de un hombre, y a pesar de eso ella es el único argumento que llega a persuadirme de que en mí existe algo que no puede morir y tiene que perdurar más allá de la muerte.

Un botones colocó la botella de ginebra, el cubo de hielo, las rebanadas de jamón y queso sobre la mesita de noche. Era aquél un muchacho que apenas llegaría a los diecisiete años... ¡Dieciséis!, respondió con una sonrisa infantil que de un golpe le restó doce meses, cincuenta y dos semanas, trescientos sesenta y cinco días a su edad aparente. Cuando yo tenía tu edad, diecisiete años... El muchacho lo miró a los ojos un momento y luego bajó los suyos, avergonzado por el hecho absurdo de no tener sino dieciséis años. Cuando yo tenía tu edad, continuó el profesor, soñaba con llegar a ser un gran músico... El muchacho estaba por el momento satisfecho de su condición de botones de un gran hotel de Madison Avenue, y su mayor aspiración consistía en llegar a ser con el tiempo conserje de levita azul y alamares dorados. Naturalmente quería ser otras cosas. En el fondo le gustaría viajar, conocer mundo, vivir en otras ciudades y ser alguien completamente distinto a su padre, quien llegó hace veinte años a Nueva York y durante diez, o tal vez más, había cargado bultos en el puerto. Llegó del Norte, de Noruega, en un barco mercante. Aunque todavía podía considerarse joven cuando los abandonó a su madre y a él sin dejarles un dólar, parecía un anciano decrepito, roído por el alcohol y la tuberculosis. El adolescente era rubio y espigado. Miraba embelesado el maletín del profesor, abierto sobre un

sillón y chorreando camisas y pañuelos sucios. Le gustaría viajar por esos países cuya imagen luminosa aparecía comprimida, coloreada, pegada a los flancos del maletín. Mi hija mayor debe tener tu misma edad: ¿dieciséis años, dices?, agregó el profesor, que ya estaba pensando en otra cosa. En los ratos libres, que no eran muchos en el curso del día, el muchacho estudiaba electrónica por correspondencia, y en la pobre habitación donde vivía con su madre, en el Bronx, estudiaba guitarra cuando no tenía turnos de noche. También querría ser un gran cantante de rock y pasear por el mundo enloqueciendo a esos jóvenes que viven hastiados de todo, intoxicados de marihuana, en los cafés del Village. Pero ahora tenía que trabajar duro si quería llegar a ser algo de eso. Se acostaba rendido, con los pies ardiendo y la camisa empapada en sudor. ¿Que si me molestas, dices? No, por el contrario. Estoy tremendamente solo y hace horas, tal vez días, que no cruzo palabra con nadie. A veces me canso de mí mismo, ¿sabes? Al muchacho le sucedía algo semejante: durante varios días soñaba con ser como aquel príncipe a quien acompañó una vez en el ascensor para llevarle un paquete hasta la *suite* que ocupaba en el último piso. ¿Por qué no había nacido príncipe, sino botones de hotel? Aquél era amarillo, sin dos dedos de frente, de gafas ridículas, pequeño y desgarbado. Más parecía un criado de hotel de quinta categoría por los lados del barrio chino que un príncipe de nacimiento y de verdad. Quisiera ser el millonario suramericano, con un gran puro en la boca, a quien acompañaba melancólica y aburrida una muchacha espléndida pescada en el bar del hotel, siempre atestado de viejas que bebían solas y jovencitas en busca de un acompañante.

Quisiera ser bailarín profesional, y ciclista, y cantante de rock, y campeón de carreras, y jugador de fútbol, y muchas cosas más, todo, menos botones de hotel. A veces –y se ruborizó hasta las orejas– con otros compañeros fuma-

mos marihuana para soñar mejor. No le vaya a contar a nadie... ¿Al señor no le interesaría probar? Si el señor quiere, yo podría... Y metió una mano en el bolsillo trasero de los pantalones.

Espera un momento, Erick. Te llamas Erick, ¿no es cierto? Puesto que hoy es noche de Navidad, cómete una rebanada de jamón y bébete un vaso de ginebra conmigo. Te puedo contar muchas cosas que tal vez te interesen. Sin necesidad de encender un cigarrillo de marihuana, estoy a punto de realizar el sueño de ser otro hombre distinto del que he sido hasta hoy. Voy a vivir en un lugar perdido en las selvas, de Suramérica, donde ningún blanco ha vivido jamás. Ya lo ves: ser otro y en otra parte... A Erick le brillaron intensamente los ojos azules, pero encogió los hombros y chasqueó la lengua. ¡Imposible, señor! La dirección del hotel prohíbe rigurosamente a los botones permanecer más de lo estrictamente necesario con los clientes. Además, señor, hoy no es la noche de Navidad, sino la de San Silvestre... ¿Y qué más da? Dentro de unos años, no muchos, ya lo verás, pues la vida corre a velocidades cada vez mayores, todas las noches, la de San Silvestre, la de Navidad, en un hotel, en un tren, en un avión, en tu casa o en la ajena, todas las noches te parecerán iguales.

Le tendió al muchacho un billete arrugado, de cinco dólares que extrajo del bolsillo, le deseó feliz año, apuró medio vaso de ginebra, mordisqueó el queso y el jamón y entornó los párpados... El alarido de mil sirenas del lado del puerto irrumpió en la estancia cuando el muchacho abrió la puerta para salir corriendo.

Sus recuerdos se confundían con las extrañas esculturas del *hall* del hotel, que había visto a su llegada: motores de automóvil o carrocerías aplastadas por un compresor hidráulico. ¿Y cómo reducirían las cabezas de sus enemigos los indígenas de las selvas ecuatorianas? ¿Cómo

ablandarían los huesos del cráneo para extraerlos por la cavidad de la boca? Ese problema ya no te interesaba. Millares de misterios habían dejado de importarle hacía tiempo. Ahora ni los desmontes que están desmoronando los Andes, ni el mar que socava las costas de Chile, ni el chorro de cieno que vomita el Nilo sobre el Mediterráneo, ni el lento avance del desierto en África, en las costas peruanas, en el Medio Oriente, en las montañas de Asia: ciudades, bosques, valles, ríos, lagunas, civilizaciones, devorados por la erosión o aplastados por cataclismos pavorosos, ya nada le importaba un bledo. Al meditar una y otra vez en su propia desaparición del ilusorio mundo de los vivos, no le preocupaba la idea de perecer del todo, sino la imagen de los últimos momentos que precederían a su extinción definitiva. Lo que me angustia no es lo que puede quedar detrás de la muerte, sino la intuición del sufrimiento atroz que ha de antecederle, pero pertenece todavía a la vida. No le tengo temor a lo que espíritus religiosos llaman el más allá, sino al final de la vida, al dolor físico que habrá de acompañarlo, a la asfixia, al sudor frío, a la angustia, al malestar, a la sensación de vacío que se irá apoderando rápidamente de mí y yo tal vez trate de llenar con imágenes turbias, vertiginosas, a las que pugnaré por agarrarme sin que mis músculos ya quieran obedecerme. El deseo de morir, el dolor de morir: sentimientos contradictorios que luchan en mi imaginación y me producen un vago malestar, semejante al que desata la punta de la lengua cuando descubre en el fondo trasero del maxilar inferior el cráter de una muela rota.

Recordó lo sucedido cuando aún no se había clausurado el congreso de ecólogos en Estocolmo. Por cierto, que ni siquiera había presentado su informe sobre la degeneración de varias especies ictiológicas en el mar Báltico, envenenadas por los detritus de las fábricas. La sala de conferencias se alejó a una inconmensurable distancia. Se redujo a un globo que se elevó en un cielo difuso, en una at-

mósfera turbia en la cual flotaban nubes amarillentas. Las conversaciones de sus colegas próximos se transformaron en un rumor inquietante. Dejó de escuchar al conferenciante, el explorador oceánico Jacques Costeau, quien en aquel momento decía, no sin cierto dramatismo en la voz: «Creo que si no se hace algo inmediatamente por contener la contaminación internacional de los océanos, a más tardar dentro de cincuenta años nada quedará sobre nuestro planeta...». Le zumbaron los oídos, una sombra moteada de puntos luminosos se desplegó ante sus pupilas, y cuando horas o días después abrió los ojos en una clínica de reposo, le sonreía desde muy lejos su viejo amigo el doctor Schwartz. De manera, pues, que aquello bien ha podido ser la muerte, la extinción total, de haberse prolongado unas horas o unas semanas más.

El profesor Frobenius sólo recordaba los pasos preliminares de ese paréntesis mortal, pues la muerte misma, la desaparición del mundo real y cotidiano, sólo era un lapso dentro de su memoria. Lo horrible no es morir, ni la perspectiva de desaparecer para siempre, ni la idea de que detrás o más allá de la muerte haya algo o no haya sino muerte absoluta, haya o no haya paraíso o infierno, con huríes o sin ellas, con Dios misericordioso o con un Jehová implacable y terrible: lo tremendo no es morir, sino estar muriendo...

Casi paralelo a la pared trasera de la estancia divisaba un bosque de pinos. Un pájaro cantaba entre el follaje. El doctor Schwartz le decía que aquello pasaría pronto y que no se preocupara por nada. ¿Y el congreso?, preguntó. El congreso se había clausurado hacía varias semanas. Ahora lo que importaba era descansar y dormir. ¿Sentía frío? ¿Quería que le cerrara la ventana?

Lo que ahora sentía el profesor Frobenius era calor. De un tirón aflojó el nudo de la corbata, abrió el cuello de la

camisa, enjugó el sudor de la frente con el revés de una mano mientras con la otra se servía un nuevo vaso de ginebra. Dos cubos de hielo de aristas redondeadas tintinearon en el fondo del vaso...

Ni entonces en la clínica suiza, ni ahora en este hotel de Nueva York –cuyo ascensor trepidaba sordamente en alguna parte–, nada alteraba sus nervios adormecidos. Padecía una amnesia de la sensibilidad, un letargo de los sentidos que despojaba a sus recuerdos de su contenido emotivo. Lo ocurrido hace años, o meses, o días, o hace apenas dos horas, cuando subía en el ascensor para instalarse en su cuarto, aparecía tan ajeno a él como si transcurriera en otro lugar y para un hombre distinto. Tras unos segundos de silencio, la grabadora que había dejado de atender, aunque no de escuchar durante largo rato, derramó en la estancia un melodioso torrente musical...

Un niño de peluca empolvada, casaca de color marfil, pantalón corto y ajustado a los muslos –¡Mozart, claro!–, se hallaba sentado ante el clavicordio. Con una pierna ligeramente flexionada, los ojos entornados y la quijada apoyada en la caja del instrumento, el violinista se mecía rítmicamente sobre el talle cimbreado. El hombre cuya mano izquierda se contraía nerviosa a lo largo del cuello del contrabajo, ridículo con su camisa de encaje, su vientre prominente y sus gruesas pantorrillas forradas de seda, era un profesor Frobenius disfrazado de músico para el baile que se celebraría aquella noche en el salón de fiestas del hotel... Como quien da vueltas al torniquete de unos gemelos de teatro, ahora la imagen se desdibujaba, los bordes se descomponían en manchas de colores borrosos y a una nueva presión de los dedos aparecía nítida y luminosa una nueva imagen.

El grupo de los músicos ya no era de tres, sino de dos, pues el que tocaba el contrabajo y tenía, al principio, un extraordinario parecido con el actual y presente Frobenius